



MEDITACION SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Madre Maria Eugenia, 9 de marzo de 1873

Mis queridas Hijas:

Entre las recomendaciones de Cuaresma creo es una de las más útiles recomendaros la Pasión de N. S. Jesucristo. Todos los santos y los maestros de la vida espiritual insisten mucho sobre este punto; particularmente, Santo Tomás de Aquino. No lo he leído en sus obras pero los Dominicos y algunos santos sacerdotes me han dicho que este Santo encuentra la meditación de la Pasión de Cristo como el camino seguro para la perfección; el tema sobre el que debemos insistir siempre y lo que debe dominar en las almas cristianas, sobre todo, en aquellas que tienden a la perfección.

Es sin duda N. S. Jesucristo el camino por donde nosotras debemos andar. El es el camino de la salvación. Y cuando comparezcamos delante de Dios, es la semejanza con este divino modelo, lo que nos dará el derecho de entrar en el cielo.

Esta semejanza está impresa en cada una de nosotras, por rasgos muy diferentes. Son distintos en una señora del mundo y en una mujer del pueblo; no son iguales en una madre de familia y en una Religiosa. Pero en todos los elegidos será necesario que N. Señor reconozca la conformidad con su Evangelio, un parecido a su vida y la conformidad con su cruz. También se ha dicho que en el último día la cruz aparecerá luminosa en el cielo, cuando ya gocen de la gloria aquellos que hubieron sufrido por Cristo.

El evangelio, las Epístolas y los escritos de los santos Padres están llenos de esta doctrina. San Pablo dice: Aquellos que Dios ha escogido los ha predestinado para ajustarse a la imagen de Jesucristo crucificado. Seguramente que en el mundo hay cruces y tal vez en el mundo hay más que en la vida religiosa. ¿No oímos hablar todos los días, de pérdidas de fortuna, de muertes, de disgustos, de padecimientos, de trastornos, de revoluciones?. Las cruces no faltan nunca; esto es muy cierto.

¿Por qué entonces en las pruebas, grandes o pequeñas, en las contrariedades, en los pesares y sufrimientos de cada día, tan pocas personas llegan a conformarse con ese signo de salvación, que es la cruz de Jesucristo? Lo que falta es la meditación de la Pasión de Jesucristo. Son muy pocos los que tratan de penetrar en las disposiciones de Jesús, frente al sufrimiento y nunca lo pedimos demasiado ni nos esforzamos demasiado para adquirir estas disposiciones.

¿Qué es lo que hace, Hermanas mías, que en las montañas del Tyrol, pobres gentes, que apenas saben leer, pero que conocen su catecismo, lleguen a un grado tan alto de

contemplación?. Pasan su vida labrando pequeños Cristos en madera, toscamente confeccionados ; pero mientras los trabajan, tienen constantemente ante la vista, los misterios dolorosos de la Pasión de Cristo. Sin cesar meditan sus sufrimientos, siguiendo el reloj de la Pasión.

Es una devoción bien sencilla, pero recomendable a todo el mundo, sobre todo, a las personas que ocupadas en un trabajo material, tienen necesidad de signos para orientarse, para recogerse de tiempo en tiempo; trabajando pueden conservar una cierta libertad de pensamiento y ocuparse de los misterios de N. Señor. Podemos también llevar esta disposición al Oficio, a la oración, a cualquier parte; porque no hay instante en que no podamos recordar lo que N. Señor en esa misma hora hizo y sufrió por nosotros y adorar las disposiciones de su alma santísima: esta expiación del pecado, esta reparación continua, este amor ardiente, esta generosidad universal, este espíritu de martirio, de sacrificio, esta disposición a entregarse, esa donación completa, ese don de holocausto, esa paciencia, esa dulzura, en fin, todas estas heroicas virtudes en las que Cristo nos dio el ejemplo.

Si meditáramos así todos los días la Pasión de N. S. Jesucristo, comprenderíamos, queridas Hermanas, que el gran negocio de nuestra vida es llegar a ser conformes al original, para unirnos más íntimamente con Cristo; entonces el sufrimiento nos parecerá como un don de Dios; nunca nos separará de Jesucristo ni nos turbarán las contradicciones, cuando lleguen; aceptaremos las penas como medio para unirnos a N. Señor y para conducirnos a la salvación eterna. Y no únicamente como un medio sino como el más poderoso de todos: porque los sufrimientos nos llevan a la eterna gloria; los sufrimientos son el camino para ir al cielo. La cuestión importante es aprender a seguir a Cristo y llegar a amarle, por la meditación de su Pasión.

Realmente no hay motivo más poderoso para amar ardientemente a N. Señor que pensar en el amor que El nos ha manifestado, muriendo por nosotros en la cruz, en medio de tantos malos tratos de las más odiosas injurias, de las circunstancias más crueles y más dolorosas, las angustias de su cuerpo y las congojas de su alma y la indiferencia de sus amigos; porque los mismos Apóstoles habían huído. Ahí está el testimonio supremo de su amor. Y N. Señor mismo lo dijo: *Nadie demuestra mayor amor que el que da su vida por aquellos a quienes ama.*

Sin duda es una prueba de amor, el dejar sus bienes, sus riquezas, sus afectos, pero nada es comparable a dar la vida como Cristo la dio en su Pasión: en circunstancias muy dolorosas y sufrimientos inhumanos: llevándolo todo con paciencia y sufriendo todo sin quejarse. ¡Hasta llegó a amar sus penas y sufrimientos! Los mártires pudieron muy bien imitar a N. Señor en esta parte de su vida dolorosa. Ciertamente le siguieron hasta la cumbre del Calvario, derramando su sangre por El; pero únicamente Cristo abrazó todos los sufrimientos con una plenitud de amor que nadie imitará jamás.

Acaso me diréis que los sufrimientos de Nuestro Señor sólo duraron veinticuatro horas. Si reflexionáis, veréis que duraron mucho más; porque con esta humanidad tan perfecta, la obra maestra del Espíritu Santo, con esta alma, tan plenamente iluminada, tuvo Jesucristo durante toda su vida la vista del Calvario ante sus ojos; y su angustia y sufrimientos, tanto tiempo esperados, tan ardientemente deseados, tienen el valor de siglos y se requieren siglos para ser imitados. Suplen a todo lo que nosotros dejamos de hacer; santifican lo poco que hacemos y completan en nosotros la vida cristiana.

Que la Pasión de N. Señor nos ocupe durante esta Cuaresma. Si una sola mirada de amor hacia el crucifijo, como dice Santa Teresa, no queda sin recompensa, ¡cuánto más, creedlo, recibiremos en esta meditación constante de la Pasión!, que nos unirá más a Cristo, para seguir todos sus pasos; nos hará recoger hasta la más mínima gota de su sangre; tomar parte en los diversos sentimientos y angustias de su alma para ajustar nuestras resoluciones y hacernos penetrar poco a poco en su interior para que El nos ame más y que nosotras amemos sólo a El.